

vencidos los negros por el mayor número de sus contrarios y la superioridad de sus elementos, concluyeron con hacer una capitulación, en que los negros se obligaron á deponer las armas y vivir pacíficos, pero á condicion de darles un lugar donde vivir con su libertad, teniendo en el autoridades para cuidar de la policía y ministros encargados de su instruccion religiosa. Esta capitulación fué presentada al virey, que fué bastante prudente para confirmarla, y de este modo se conciliaron los derechos de la sociedad, con los de aquellos desgraciados.

Despues de estos acontecimientos, el virey se siguió ocupando en arreglar los negocios de los indigenas, de la manera mas favorable para ellos: el sistema de repartimientos habia recibido varias modificaciones, pero en todos salian perjudicados los intereses de los indigenas: D. Luis Velasco hizo en esto el mejor arreglo que pudo, señalando los quehaceres en que podian ocuparse los indios, las horas que debia durar el trabajo y los jornales con que se les habia de retribuir. ¡Triste condicion de los infelices naturales de este suelo! Ellos debian ser los señores de la tierra, depositarios de sus destinos y árbitros de las grandes riquezas que hacian á su pais tan envidiable: y era tal su desgraciada condicion, que es necesario entonar himnos de alabanza, á un hombre, que reglamentaba un medio para que á costa del sudor de su rostro, tuvieran un mendrugo de pan con que alimentar malamente á sus familias que languidecian al lado de los opulentos castellanos. No es mucho elogio para el virey Marques de Salinas, referir lo que hizo, si se considera la proposición absolutamente; pero recordando que aun esta abyecta condicion de los naturales, parecia mucho á sus señores, que deseaban verlos en inferior escala que á las bestias, no podemos menos de pedir un tributo de gratitud para quien siquiera hizo algo en favor de la desgracia, que si no fué todo lo que exigia la justicia, fué á lo menos lo que se

podia en aquellas circunstancias. Tan antigua como estos acontecimientos, es la infame costumbre de usurpar á los infelices el fruto de su trabajo, pagando sus jornales, no en dinero sino en los efectos necesarios para subsistir, cargando un precio excesivo á los trabajadores; y el rey mandó por una cédula corregir un abuso semejante. La integridad con que Velasco cumplió las reales ordenes, así en esto como en todo lo demás que miraba á suavizar la aflictiva condicion de los indigenas, le atrajo el odio de los españoles poderosos; pero él oyendo con desprecio estas murmuraciones del vil interes, siguió cumpliendo con su deber, hasta que en el año de 1611, fué nombrado presidente del consejo de Indias, y para suplir su falta se promovió al vireinato, al arzobispo de México, D. Francisco García Guerra, que entró en posesion de este empleo luego que el marques de Salinas se embarcó, por haber tenido privilegio en reconocimiento de sus méritos, para gobernar hasta el momento de darse á la vela. [1]

CAPITULO XI.

Gobierno del arzobispo García Guerra y del Marques de Guadalcazar.

El Sr. García Guerra, con su doble carácter de virey y arzobispo de México, se ocupaba de seguir el curso de los negocios pendientes por su prudente y humano antecesor D. Luis de Velasco el jóven; pero ni en estos pudo obtener algun tér-

(1) *Torquemada part. 1.º lib. 5.º cap. del 44 al 70. Alegre tom. 1.º lib. 4.º y tom. 2.º lib. 5.º*

mino, ni emprender nada por sí, porque cuando empuñó las riendas del gobierno temporal, el día de su muerte estaba ya muy cerca en acecho de su vida: una ocasion que salia de su palacio al subir en el coche sufrió una caída, de que cayó gravemente enfermo, y el 22 de Febrero de 1612 murió. Para llenar su puesto vacante en el gobierno de las provincias de Nueva España, se encargó la audiencia de gobernar interinamente y el oidor decano Ojalora, ocupó el palacio de los vi-
reyes.

El Gobierno de las audiencias probó tan mal en México que desde la primera presidida por el tristemente célebre Nuño Beltran de Guzman, cada periodo en que ellas tuvieron el mando, está marcado con ridículas estravagancias y espantosas atrocidades. En el tiempo de que vamos hablando se esparció la voz de que los negros querian hacer un alzamiento; y esta noticia puso en tal alarma á la Capital y demas ciudades, que en todas se omitieron las funciones de la semana santa, por decirse que esos dias eran los señalados para hacer estallar la conjuracion. En la noche del Jueves Santo, entraba á la Capital una partida de cerdos: alguno que oyó el ruido que gruñendo causaban aquellos animales, dió la voz de alarma, creyendo ser ya los negros, y como los ánimos estaban de tal manera preocupados, cada uno pensó ponerse á cubierto, sin haber quien tratara de investigar la verdad. Al día siguiente se advirtió el error y la causa tan ridícula de tan grande alboroto: y en el domingo de Pascua, en medio de un numerosísimo concurso de gente, fueron decapitados veintinueve negros y cuatro negras, cuyas cabezas quedaron expuestas en escarpías á la espectacion pública. Los autores que refieren este hecho, no dicen cual fuera la causa de tan terrible ejecucion; pero por el contesto de la narracion, parece probable, que no hubo mas fundamento, que el de intimidar los ánimos de los de la supuesta conjuracion, con aquella

medida de terror. ¡Política cruel que trata de prevenir males, y tal vez imaginarios, por medio de atrocidades semejantes!

La capital siguió con este gobierno, hasta que en 28 de Octubre de ese mismo año, hizo su entrada D. Diego Fernandez de Córdoba, marques de Guadalcazar, nombrado virey de la Nueva España. Durante su gobierno, son pocos los acontecimientos notables que se refieren en la capital y demas ciudades del interior, como la fundacion de la villa de Córdoba, famosa por sus plantíos de tabaco: el descubrimiento de las minas de Guadalcazar, á poca distancia de San Luis Potosí: el viaje al seno californio por el capitan Iturri para emprender la pesca de las perlas, habiendo conseguido una tan grande y de tan bello oriente, que pagó de quinto á las cajas reales la suma de novecientos pesos; pero en las provincias de Sinaloa y la Nueva Vizcaya, tuvieron lugar por este tiempo hechos de bastante importancia, relativos á la civilizacion de los muchos pueblos indígenas que habitaban aquellos lugares.

Un indio natural de Sinaloa, llamado Lautaro, que habia estado en las minas de Topia, se retiró disgustado y con ánimo de sublevar á los pueblos que aun permanecian en la gentilidad, con esperanza de que en ellos prendiera con mas facilidad el fuego de la rebelion. Para esto se unió con otro jefe de los zuaques, llamado Babilomo y con algunas familias de los *ocoronis* hechas entrar en la liga, se retiraron á la tierra de los *mayos*; pero estos aunque gentiles, eran previsores y amantes de la paz, la cual no creyeron tener segura, si abrigaban en su seno á los revoltosos. Entonces estos pasaron hasta las riberas del Yaqui donde por ser una nacion numerosa, guerrera y deseosa de combatir á los españoles, fácilmente prendió el fuego de la sedicion.

Apenas Lautaro y sus secuaces habian llegado á la tierra de los *yaquis* cuando se presentó en sus fronteras el capitan

Hurdaide, con alguna tropa de españoles y otros indios aliados, pidiendo se le entregaran á los autores de aquella guerra. Los *yaquis* celebraron una asamblea para discutir la resolución que se debía tomar: en este consejo *Anabaylutei* jefe respetable por la madurez de sus juicios opinó porque no se entrara en guerra, concediendo al capitán lo que tan justamente pretendía: y aunque muchos alucinados por Lautaro, se apartaron de este parecer y con calor pretendían resistir á los españoles; pero al fin cediendo todos á las prudentes observaciones del juicioso *Anabaylutei* siguieron, su dictámen, y él mismo fué comisionado para ajustar la paz con Hurdaide. Este jefe oyó á los comisionados *yaquis* y luego mandó con ellos, algunos *tehuecos* y dos indias cristianas, para recibir á los promovedores del desorden; pero á la vuelta de *Anabaylutei*, la generalidad azusada por Lautaro y Babilomo, había tomado una actitud hostil, y lejos de cumplir su promesa, se echaron sobre los *tehuecos*, haciendo algunos prisioneros y poniendo á los otros en precipitada fuga.

El capitán aunque lleno de indignación, no se creyó con la fuerza bastante para comprometerse en una guerra con una nación, la más poderosa y culta de las regiones occidentales; y así volviéndose, con presteza aumentó su fuerza y la reforzó con casi dos mil aliados de los *mayos* y *tehuecos*. Con este apresto de guerra volvió á la frontera de los *yaquis*, donde fué por ellos atacado con tal vehemencia, que lo obligaron á levantar el campo, aumentando en él la cólera y en los vencedores el orgullo, que por aquellos dos triunfos, se prometían llevar adelante la guerra, destruyendo á los españoles y baidando al derredor de sus ensangrentadas cabezas.

Hurdaide se atemorizaba porque los *yaquis* no se amedrentaban por el fuego de sus mosquetes, ni se dejaban dominar del pavor que sobrecogía á los demás indígenas, ver á los españoles manejar un brioso caballo, como si fuera un mismo to-

do con el ginete: estaba al tanto de su número, su valentía y los muchos ardidés de que se valían en la guerra; pero temiendo por otra parte, que si no los dominaba pronto, ellos tomarían la iniciativa sublevando á los pueblos ya sujetos, formó con velocidad un ejército de cuarenta españoles y cuatro mil indios aliados, con los cuales se aproximó por tercera vez á las fronteras del enemigo.

Antes de penetrar en su territorio, mandó ofrecerles la paz pidiendo en cambio su obediencia; pero la respuesta fué una ruda carga del enemigo, al rayar el alba del día siguiente. Por algún rato se sostuvo el combate pero la intrepidez de los *yaquis* obligó á los aliados á levantar su campo, emprendiendo una retirada en que era recíproco el valor de ambos ejércitos y el orden en sus maniobras. En algunos ratos afejaba la fuerza de los asaltantes y los contrarios aprovechaban la oportunidad para avanzar en su camino; pero donde el terreno era más propio, se renovaba el furor de los implacables *yaquis*, que defendiéndose del fuego enemigo en los mismos árboles del bosque, atacaban con mucho brío, hasta que aterrizados los aliados, se dispersaron en su mayor parte, no quedando al lado del capitán, sino sus cuarenta españoles y cosa de cien indios. Con esta pequeña fuerza siguió aquella lucha tan desigual, hasta que pudieron ganar una altura, donde tomaron algún aliento de aquella refriega tan estorzada. En aquel fuerte pasaron el resto del día, rodeados por los *yaquis* que á la falda del montecillo, esperaban el momento de acabar con sus aborrecidos enemigos. El éxito efectivamente no parecía dudoso: los españoles en su mayor parte estaban heridos: los que quedaban buenos, se hallaban rendidos por la fatiga, acosados por el hambre y la sed, y sin municiones, porque la pólvora que no habían quemado, la perdieron en los bagajes caídos en poder de sus implacables contrarios. En medio de aquella congojosa situación, donde todo hacía pre-

sentir un fin funesto, Hurdaide queria oír el parecer de sus compañeros; pero el mismo aprieto del peligro habia desterrado de ellos el consejo, y todo era confusion en aquella diversidad de pareceres. Entró la noche aumentando con sus melancólicas sombras el pavor que dominaba el ánimo angustiado de los sitiados: y cuando todos veían acercarse con semblante lúgubre el horrible espectro de un fin desgraciado, un rayo de luz descendió sobre la acalorada imaginacion del capitán, que inútilmente se habia agitado en un caos tenebroso sin hallar otra solucion posible, sino perecer en manos de sus enemigos, cuyos gritos indicaban el gozo que animaba á sus feroces corazones. Mandó el capitán alistar su tropa en los mejores caballos: encendió hogueras en toda la estension de su campo; y todos los caballos, que no podían ya servirles para la silla, los hizo bajar del monte precipitadamente, por el lado donde habian combatido ese dia. Luego que los yaquis oyeron el ruido que los caballos hacían entre el ramaje del bosque, creyeron ser los españoles que bajaban y por aquel lado cargaron todos: los caballos, que de suyo iban á prisa aguijoneados por la sed, corrieron con mas velocidad, cuando oyeron el ruido de los yaquis que los perseguían; y todo el ejército fué siguiendo la direccion de aquella fuga, hasta las riberas del rio en que se desengañaron del error en que habian caído, por un ardid de sus astutos contrarios.

Los españoles entretanto, aprovechando aquel tiempo feliz, caminaron en contraria direccion, y pronto llegaron á los pueblos de los mayos, donde estuvieron ya á cubierto de la persecucion. Esta ingeniosa ocurrencia, fué para los españoles mas fecunda en prósperos resultados, que si hubieran salido victoriosos, porque los yaquis admirados no menos de su valor que de su astucia, no quisieron tenerlos mas por enemigos y pronto mandaron una comision de sus mas respetables gefes, que ajustaron la paz, en prueba de la cual mandaron al-

gunos de sus jóvenes que se instruyeran por los religiosos de la villa de S. Felipe y Santiago. Y aun no quedaron aquí los resultados, porque al ver rendida la nacion mas poderosa y en alianza con los españoles, las otras no podían prometerse mejor resultado de la suerte de las armas. Los *nebomes*, se declararon luego en amistad y pidieron ministros que doctrinasen á los habitantes de sus pueblos, confinantes con los tarahumares y los tepehuanes: lo mismo hicieron los *nures*, vecinos de los *nebomes* y los *yaquis*: los *nabacabaches*, que habitaron entre los rios Mayo y Zuaque: los *tzoos*, que con no menos instancia, pedían llevar á su seno los ministros de la religion. En todo este extenso campo, poblado por mas de ochenta mil personas, corrieron luego los obreros de la compañía de Jesus, esparciendo la semilla de la civilizacion; aunque con bastante trabajo porque aquellas gentes rudas, avezadas ya en sus máximas idólatras y en una vida semejante á la de las fieras que habitan lo mas áspero y encumbrado de las montañas, siempre estaban propendiendo á vivir en los desórdenes en que habian envejecido, obstáculo que no podía vencerse, sino con la heróica abnegacion que desplegaron los hijos de S. Ignacio. Si quisiéramos presentar todo el cuadro completo de lo mucho que la civilizacion debe á los religiosos, en la instruccion de estos pueblos serriles é inconstantes, se convertiría la obra en una crónica de tales acontecimientos y ademas sus límites serían muy estrechos para contener tan estensa narracion; pero podrá formarse una idea, de cuales fueron estos sufrimientos y el espíritu de los que los padecieron, con la lectura de una carta del padre Hernando de Santarén, uno de estos infatigables operarios, que pasó gran parte de su vida en esta obra de caridad, dice así:

“Se ha acabado este año un arte de lengua acaxee, y un vocabulario tan copioso, que con él podrá cualquier padre por sí aprender la lengua, como lo experimenta ahora el padre An-

dres Gonzalez. El trabajo que en esto ha tenido su autor el padre Pedro Gravina, ha sido grande; y tanto, que á mi me causaba admiracion que tuviese tanta paciencia para sacar un vocablo propio de la boca de esta bárbara gente, que á veces era menester medio dia para ello. Seria de mucho alivio para el continuo trabajo la ayuda y buen ánimo con que ha venido el padre Pedro Mejía, que es muy á propósito para el puesto. De mí digo, que aunque me siento ya viejo y cansado, no ha de quedar por mí el procurar el bien de estas misiones, ni pedir salir de ellas, no cerrando por eso la puerta á la obediencia para disponer de mi persona como de un cuerpo muerto; pues harto mal seria si despues de diez y nueve años de misión, trabajos y malas venturas, no hubiéramos sacado siquiera la indiferencia que nuestro bienaventurado padre nos pide. Y ya que no con tantos quilates, á lo menos, *ecce ego, si adhuc populo necessarius, non recusabo laborem fiat voluntas Domini.* No han experimentado los de allá el jugo y contento que Dios comunica á los de acá. Mas da nuestro Señor en un desamparo de estos, en un desavío de hallarse en un monte á pié, en una tempestad de nieve, que nos coge en una noche oscura, al sereno y agua, sin tienda ni abrigo, que en muchas horas de oracion y encerramiento. Esto, y el parecerme que el pedir salir de aquí, es volver á Dios las espaldas, y dejar á Jesucristo solo con la cruz á cuestas, y que allá en mi recogimiento me lo ha de dar en cara su divina Magestad, me mueve á no pedir salir de aquí. Y cuando en esto me hallare la muerte, me tendré por dichoso, y entenderé que el morir armado en la batalla, y solo en medio de estos bárbaros, me será de tanto mérito, como rodeado de mis padres y hermanos, y en este desamparo me prometo el amparo de Dios nuestro Señor, por quien se hace. Esta escribo cansado de sangrar con mis manos, por lo mucho que en estos pueblos, ha picado el *cocoliatti* [fiebre], sin haber otro que los acuda sino solo yo, que en tres

dias no me he sentado sino á comer, sangrando y bautizando mas de setenta personas." ¡Hé aquí lo que fueron los hijos de las instituciones monásticas! Y no se diga, que no es admisible el testimonio que cito, por ser pertenecientes á esas mismas comunidades, que renunciando al reposo y su propia comodidad, estaban dispuestos á dar hasta su vida, por labrar la felicidad temporal y espiritual de sus semejantes: porque serian muchos tambien los que pudieran aducirse de otras muchas personas de distintas categorías, como es el informe que en 5 de Junio de 1618 dió á la corte de España D. Luis Velasco acerca de los trabajos de los padres de la compañía y lo que dijo el Illmo. Sr. D. Juan del Valle, obispo de Guadalajara, volviendo de visitar las misiones de Topia y Sinaloa. "He visto á casi todos los padres de estas misiones, de que vengo consoladísimo y muy edificado, porque he visto el provecho tan notable que hacen en estas partes y lo mucho que padecen entre estos bárbaros que tienen á su cargo." Y el padre Rodrigo de Cabredo, escribiendo al general de los jesuitas, de quienes él fué visitador, dice hablando de las misiones de la tierra adentro: "Cuando leo las cartas de los padres de esta misión, me parece que veo en ellas una perfecta imitacion de lo que el Apóstol escribia á los corintios, segun la hambre, desnudez, calores, frios, enfermedades, persecuciones, soledades, desamparos y otras mil incomodidades que padecen y llevan con extraordinario gusto y consuelo por la mayor gloria de Dios y bien de aquellas almas que la obediencia les ha encomendado."

Ni solo se reducian los ministerios de los obreros del evangelio á las naciones que por fuerza ó la conveniencia de sus intereses, habian doblado la cerviz al yugo de los extranjeros, sino que antes por el contrario, como ya hemos hecho notar en mas de una vez, ellos se desprendian de todo interes, aun del de la conservacion de su propia vida, y apresuraban á difundir